

Desde su posición aventajada tras el reloj, Hugo podía verlo todo. Manoseó inconscientemente el pequeño cuaderno que llevaba en el bolsillo y se dijo que debía tener paciencia.

El viejo de la tienda de juguetes estaba discutiendo con una niña que tenía más o menos la edad de Hugo. A menudo la veía meterse en la tienda con un libro bajo el brazo y desaparecer tras el mostrador.

El viejo parecía nervioso aquel día. ¿Se habría dado cuenta de la desaparición de los juguetes? Aunque así fuera, Hugo no podía hacer nada por remediarlo.

Si robaba juguetes era porque le hacían falta.

El viejo juguetero y la niña discutieron un poco más, y por fin ella cerró el libro y se fue corriendo.

Afortunadamente, el viejo tardó poco en cruzar los brazos y cerrar los ojos.

Hugo se escabulló por los pasadizos que recorrían el interior de las paredes, salió por una rejilla de ventilación y cruzó a toda prisa el vestíbulo de la estación hasta llegar a la juguetería. Manoseó su cuaderno por última vez y luego extendió la mano cautelosamente hasta agarrar el juguete de cuerda que necesitaba.

Pero de pronto algo se movió al otro lado del mostrador, y el viejo dormido volvió a la vida de improviso. Antes de que Hugo pudiera escapar, el juguetero le aferró un brazo.

El ratoncito azul de cuerda que Hugo había cogido cayó al mostrador, resbaló hasta el borde y aterrizó en el suelo con un chasquido.

-¡Al ladrón! ¡Al ladrón! -gritó el viejo, y su voz resonó por el vestíbulo vacío-. ¡Que alguien llame al inspector de la estación!

La mención del inspector aterrizó a Hugo. Se retorció intentando escapar, pero el viejo lo tenía bien agarrado por el brazo y no lo dejó ir.

-¡Al fin te pillé! Y ahora, vacíate los bolsillos.

Hugo gruñó como un perro. Estaba furioso consigo mismo por haberse dejado atrapar.

El viejo le tiraba del brazo con tanta fuerza que Hugo tuvo que ponerse de puntillas.

-¡Me está haciendo daño!

-¡Vacíate los bolsillos!

Hugo fue sacando de mala gana docenas de objetos: tornillos, clavos, trocitos de metal, engranajes, arrugadas cartas de baraja, pequeñas piezas de relojes, ruedas dentadas, arandelas... También sacó una caja de cerillas aplastada y algunos cabos de vela.

-Te falta un bolsillo dijo el viejo.

-Está vacío.

-Pues dale la vuelta.

-No contiene nada suyo. Déjeme marchar.

-¿Dónde está el inspector de la estación? -berreó el viejo volviéndose hacia el vestíbulo-. ¿Por qué nunca está a mano cuando hace falta?

Hugo sabía que, si el verde uniforme del inspector de la estación aparecía al otro lado del vestíbulo, todo habría terminado. Se debatió en un último intento de soltarse, pero era inútil. Al fin se resignó, metió una mano temblorosa en el bolsillo que quedaba y sacó su ajado cuaderno de cartulina. Tenía las tapas relucientes de tanto manosearlas.

Sin soltar el brazo del niño, el juguetero le arrebató el cuaderno, lo colocó fuera de su alcance, lo abrió y hojeó sus páginas. Una de ellas le llamó la atención.

-¡Devuélvame! ¡Es mío! -gritó Hugo.

-Fantasmas... -murmuró el juguetero para sí-. Sabía que acabarían por encontrarme.

Cerró el cuaderno y la expresión de su cara pasó rápidamente del miedo a la tristeza y de la tristeza a la furia.

-¿Quién eres tú, niño? -preguntó bruscamente-. ¿Hiciste tú esos dibujos?

Hugo no respondió.

-Te he preguntado que-si-hiciste-tú-esos-dibujos.

Hugo volvió a gruñir y escupió en el suelo.

-¿A quién le robaste este cuaderno?

-No lo robé.

El viejo resolló, soltó al fin a Hugo y lo apartó de un empujón.

-¡Pues déjame en paz, entonces! No vuelvas a esta juguetería ni te acerques más a mí.

Hugo se frotó el brazo y dio un paso atrás, pisando sin querer el ratón de cuerda que había dejado caer.

El viejo se estremeció al oír el crujido del juguete aplastado.

Hugo recogió los fragmentos del ratoncillo y los puso en el mostrador.

-No puedo marcharme sin mi cuaderno.

-Ya no es tuyo, niño. Ahora es mío, y haré con él lo que me dé la gana. -El viejo agarró la caja de cerillas de Hugo y la sacudió-. ¡Puede que lo quemé!

-¡No!

Sin hacer caso, el viejo recogió todos los objetos que se había sacado Hugo de los bolsillos, incluyendo el cuaderno, los colocó sobre un pañuelo, ató las puntas y cubrió el paquete con las manos.

-Entonces dime quién hizo esos dibujos.

Hugo se quedó callado.

El viejo dio un puñetazo en el mostrador que sacudió todos los juguetes.

-¡Márchate de aquí, ladronzuelo!

-¡El ladrón es usted! -gritó Hugo mientras echaba a correr.

El viejo juguetero berreó algo, pero Hugo ya sólo oía el eco de sus propios pasos rebotando en las paredes de la desierta estación.